UN HOMBRE LIBRE.

Es *Vago*, segun la definicion mas corriente, aquel que no tiene modo alguno de vivir conocido, cuando precisamente la vagancia es la manera de vivir mas conocida que hay en el mundo.

Ya se ve; la vida es una lámpara que arde por mas ó menos tiempo, y necesita indispensablemente una cantidad mayor ó menor de aceite que alimente la llama; la sustancia indispensable para que arda la lámpara se llama dinero.

Para vivir, pues, mas ó menos tiempo, mejor ó peor, el hombre necesita proporcionarse ante todo y sobre todo una cantidad líquida.

Parece que debia entenderse por modo de vivir, la manera de consumir esa cantidad, mayor ó menor, necesaria á la vida del hombre; pero no es eso: se entiende por manera de vivir, el modo de adquirir la suma de dinero que la vida consume.

De forma que el *Vago* se distingue únicamente de los demas hombres en el procedimiento desconocido, por medio del que, adquiere el dinero preciso para sus necesidades, para sus placeres, para sus vicios, para su opulencia; en una palabra, para llevar cómoda ó brillantemente por el mundo la carga de la vida.

Vago es el hombre que no ejerce oficio, industria ni profesion ninguna, que no posee renta, sueldo ni beneficio de ninguna clase, y que desdeña el trabajo de su entendimiento y de sus manos, como una tiranía que menoscaba el sagrado derecho de su libertad augusta.

Quedan, pues, excluidos de la especie, desde los políticos de oficio hasta los jugadores de profesion; el club y el garito son medios conocidos de vivir; las sociedades secretas son ya industrias públicas, y la prostitucion es un comercio lícito, admitido y corriente, con que se buscan la vida todas las mujeres que se pierden.

El *Vago*, en fin, es un sér raro, casi incomprensible, que vive por la razon, á la vez suprema y sencilla, de no tener sobre qué caerse muerto.

A los ojos de la sociedad, el *Vago* se plantea como un problema, cuyos términos son estos:

El que no tiene modo de vivir, ¿cómo vive?

A los ojos del *Vago*, el problema se plantea en otros términos, porque la dificultad se le presenta en sentido opuesto, y dice:

«Yo no tengo sobre qué caerme muerto; ¿cómo, pues, muero?»

Ahora bien; ¿es delito la vagancia?

Hay dos opiniones: unos dicen que sí, apoyándose en todos los códigos de Europa, que ya de un modo, ya de otro, condenan la vagancia. Los contrarios sostienen que no, fundándose en que no se encuentra por ninguna parte la lesion ni el daño, con que la vagancia lastima el derecho de otro.

Este *otro* no debe ser la mujer del *Vago*, que queda privada de todo auxilio por la vagancia de su marido.

No deben ser los hijos del *Vago*, que quedan abandonados por la vagancia del padre.

No debe ser la madre del *Vago*, que queda desamparada por la vagancia del hijo.

Y si no se quieren admitir estas excepciones, hay que reconocer, que la mujer no tiene derecho al auxilio de su marido, que los hijos no tienen derecho á la proteccion de sus padres, y que las madres no tienen derecho al amparo de sus hijos.

Pero en realidad el fondo de la cuestion no es este. Hay que partir del orígen legal de la sociedad presente para distinguir con toda claridad los deberes antiguos de los derechos modernos.

Nadie sabia cómo, dónde ni cuándo celebra el hombre contrato alguno con los demas hombres, en cuya compañía vive, formando familias, pueblos y naciones; pero hace ochenta años que debimos salir de esta duda, porque *Juan Jacobo Rousseau* descubrió en la oscura y empolvada

escribanía de su entendimiento el instrumento público de tan ignorado convenio.

Hasta entonces el hombre habia vivido considerándose ligado á la sociedad por los vínculos morales propios de su naturaleza, hallándose en ella, permítaseme la comparacion, como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, sin hacer memoria de haber estipulado préviamente las condiciones con que habia de vivir en lo que es su propio y natural elemento, y se resignaba á vivir en estrecha comunicacion con sus semejantes, engañado por el convencimiento de que no podia vivir de otra manera.

Mas esta ignorancia, tan antigua como el hombre mismo, vino á disiparse ante la aparicion de *El Contrato Social* de que dió fe, á falta de otro escribano, el mismo *Juan Jacobo Rousseau.*

En este caso la sociedad se empequeñece, se reduce y disminuye, hasta el punto de considerarse como un solo individuo, para que cada hombre por sí solo represente tanto como la sociedad misma con quien va á contratar las condiciones de su vida, pues de otro modo no podria verificarse en justa proporcion esta especie de contrato bilateral y contínuo, que cada uno hace al nacer con la sociedad en que va á ajustarse por el resto de sus dias.

En todo contrato parece preciso que las partes sean legalmente iguales, es decir, que tengan igual aptitud para contratar, que estén igualmente revestidas de todos los requisitos y de todas las garantías necesarias para la perfecta legitimidad del contrato.

La sociedad, por consiguiente, debe reducir su poderoso conjunto á la nueva expresion de un simple individuo, ó el individuo necesita elevarse á la suma total

del conjunto, para que el contrato sea perfecto, porque no tendria fuerza si el hombre, al contratar con la sociedad, no fuese moralmente tanto como la sociedad misma con quien trata.

Es decir, que la primera condicion de *El Contrato Social*, es que la parte sea igual al todo, ó que el todo sea igual á la parte.

En cada uno de estos contratos sucesivos entre la sociedad que existe y el individuo que nace, existe la posibilidad de nuevas condiciones por una y otra parte, que alteren contínuamente el modo de ser de los contratantes, y por lo tanto de lo contratado: si el individuo se somete por necesidad á la ley del conjunto, no hay contrato; si el conjunto se somete á la ley particular de cada individuo, no hay sociedad.

Mas esto no importa: el hombre tiene

derecho á ser salvaje, y no se le puede negar la libertad de que opte entre ser negro de Guinea ó individuo de un pueblo culto.

El facineroso que rompe con la sociedad, no es en resúmen mas que un individuo que pide la revision del contrato.

La sociedad huyendo de su orígen divino se refugia en la mobilidad de un derecho puramente humano; lo que era una necesidad se ha convertido en un negocio.

Colóquese al hombre pactando con la sociedad y se le verá pedir mucho y ofrecer poco, lo querrá todo por nada; en una palabra, exigirá todos los derechos y se negará á todos los deberes.

Para formar parte del conjunto, para entrar en la sociedad, se asegura que el hombre tiene precision de hacer el sacrificio de una parte de su libertad de salvaje; pues bien, esta parte debe ser la me-

nos posible; y si se llega á conseguir que el individuo no haga sacrificio ninguno de su libertad, se alcanzará la plenitud de la civilizacion moderna; esto es, la feliz combinacion de estos dos términos: el hombre salvaje y la sociedad culta.

Ahora bien; cuantos menos vínculos sujeten al hombre á la sociedad, mas libre será el hombre; por consiguiente, el *Vago* es el ciudadano mas perfecto en las sociedades formadas por *El Contrato Social*, porque es el mas libre, el que tiene mas derechos y menos deberes; en una palabra, el que mas toma y el que menos da.

En sociedades constituidas por la accion permanente de ese contrato contínuo, los individuos que adquieren los derechos sin la retribucion de ningun deber, que viven en ellas, digámoslo así, *grátis*, son verdaderamente los *socios de mérito* de la sociedad presente.

Tal es el *Vago*, elemento flotante que nace en el fondo y vive en la superficie, y que semejante á Simónides despues del naufragio, puede decir: «todas mis riquezas van conmigo.»

Es el sér completamente emancipado y perfectamente libre, que se levanta sobre los escombros de la última tiranía, la tiranía del trabajo; lleva á la sociedad todas sus necesidades, todos sus apetitos, todos sus vicios, y recoge en ella todas las satisfacciones.

Es el verdadero salvaje en medio de la sociedad culta.

No es padre, no es hijo, no es marido, apenas es ciudadano, porque no le queda tiempo mas que para ser *Vago*.

¿Habia de vivir en medio de un bosque de árboles? pues vive en medio de un bosque de hombres.

¿Dónde está?

En todas partes.

En las casas de juego.

En los clubs.

En las turbas.

En los cafés.

En los corrillos.

Es el público de todo escándalo, el coro de toda infamia, el cortesano de toda iniquidad.

¿Cuál es su crímen?

¿Será por ventura haberse ingeniado la manera de ser mas libre que el resto de los hombres? Ademas, la vagancia es una industria.

Pero el *Vago* por lo comun, vive, gasta, triunfa y brilla; ¿de dónde, pues, saca el capital que disipa?

Es verdad, pero en ninguna parte del mundo civilizado se considera como delito la fortuna de encontrarse una mina.

Por lo demás, no hay un sér mas activo que el *Vago*, porque no se sabe lo que es capaz de hacer un hombre libre de toda ocupacion útil y honesta.

Direis que el *Vago* no sirve para nada, y sin embargo, por eso mismo es materia dispuesta para todo: la *ganzúa* no es llave de ninguna puerta, y precisamente por eso sirve para abrirlas todas.

Suprimid los *Vagos*, y al cabo de algun tiempo habrá que poner en la puerta de las cárceles un letrero que diga: "Esta casa se alquila;" y en las puertas de Madrid: "Este pueblo se acaba."

Para ellos la vida es un dia de huelga, y alzándose contra aquella sentencia antigua que condenó al hombre á vivir del sudor de su frente, reivindican los derechos de la dignidad humana ultrajada por la tiranía del trabajo, y pasean su triunfante regeneracion entre el *Saladero* y el *Hospicio*.

Cayó la tiranía de Dios bajo los golpes

repetidos del libre-exámen; cayó la autoridad del padre bajo el peso de la libertad de las costumbres; cayó la autoridad de los poderes públicos al empuje expansivo de las libertades políticas; empieza á caer la tiranía del trabajo confundida por la holgada fuerza de la vagancia.

El *Vago* es la última evolucion de la libertad, y en el órden categórico de los séres humanos, es el sér completamente libre.

Volvamos la hoja y nos encontraremos con el hombre verdaderamente esclavo.

EL HOMBRE ESCLAVO.

Queremos ser libres, y estamos empeñados en serlo, porque se nos ha metido en la cabeza la manía de que la libertad es nuestro propio y natural elemento.

El que no es libre parece que no es hombre; y sin embargo, desde el momento en que la edad le dice que ya es hombre, se pone en movimiento y emplea toda su libertad en hacerse esclavo, y no pára hasta que consigue serlo.